de oir estos preparativos de viage, Cicily no necesita de tus dones. ¡Buen viage! ¡y que Dios te dé el juicio que necesitas y una grande fortuna!

— Veamos á tu Cicily, mi huésped; aseguran que es una beldad, dijo Varney.

— Algo atesada, y en estado de resistir á la lluvia y al viento; pero no tiene nada que pueda agradar á galanes como vm. No sale de su cuarto, y no se espone á las miradas de los cortesanos.

— Enhorabuena, mi querido huésped, que se quede en paz. Pero los caballos estan prontos, y es fuerza ya partir. A dios.

— ¿Se va con vm. mi sobrino, señor?

— Tal es su intencion, dijo Varney.

— Tienes razon, Miguel, repuso Gosling, tienes muchísima razon. Posees un buen caballo; cuidado ahora con el ramal. O, si entre todas las maneras de acabar tus dias, es la cuerda la que mas te conviene, como me parece verisímil segun el partido que tomas, hazme el gusto de escoger una horca lo mas léjos de Cumnor que puedas.

Sin incomodarse con la despedida de mal agüero de Gil Gosling, Varney y Lambourne montáron á caballo, y corriéron con tanta rapidez que no pudiéron entablar la conversacion hasta que tuviéron que subir una cuesta penosa.

— ¿Consientes, pues, dijo Varney, en entrar en el servicio de un señor de la corte?

— Sí, señor, si mis condiciones convienen á vm.

— ¿Y cuales son esas condiciones?

— Si he de tener los ojos abiertos sobre los intereses de mi amo, es preciso que él los tenga cerrados para no ver mis defectos.

— Con tal que no sean dañosos á su servicio.

— Es justo; ademas, si cazo, debo roer los huesos.

— Está muy puesto en razon. Otros, que son tus superiores, piden lo mismo.

— Muy bien. Me resta decir á vm. que estoy algo reñido con la señora justicia, y como es mas fuerte que yo, necesitaré que mi amo me ayude á librarme de sus garras. Este es un punto importante.

— Tambien eso es justo, con tal que esa querella haya tenido por causa el servicio de tu amo.

— En cuanto al salario, dijo Lambourne con indiferencia, no digo nada contando con los provechos.

— No tengas cuidado, no te faltarán dineros, ni medios de divertirte. Vas á una casa

en la que el oro salta, como dicen, á los ojos.

— Todo eso es á pedir de boca, y solo falta decirme el nombre de mi amo.

— Yo me llamo Ricardo Varney.

— Yo hablo del nombre del noble lord en cuyo servicio quiere vm. emplearme.

— ¿Como, miserable? ¿te crees demasiado grande para llamarme amo? Te permito ser impudente con los demas, pero cuidado que conmigo....

— Perdone usía; pero le he visto tan familiar con Tony Foster, que siendolo yo igualmente con él.....

— Ya veo que eres un redomado pícaro: escucha. Es verdad que me propongo colocarte en casa de un gran señor, pero yo te daré todas las órdenes, y dependerás de mí. Soy su primer caballerizo. Pronto sabrás como se llama. Es un hombre que gobierna el Estado y lleva todo el peso de la administracion.

— ¡Famoso talisman para descubrir los tesoros ocultos!

— Cuando se emplea con discrecion; pero ¡cuidado contigo! evocarias tal vez un demonio que te convertiria en átomos.

— Bueno: no pasaré los límites debidos.

Los dos viageros volviéron á caminar á carrera, y llegáron pronto al parque real de

Woodstock. Este antiguo dominio de la corona era entónces muy diferente de lo que habia sido cuando la hermosa Rosamunda residia en él, cuando era el teatro de los amores secretos é ilícitos de Enrique II, y mucho mas diferente todavía de lo que es, hoy que Blenheim-House renueva las victorias de Marlborough, y presenta á los ojos los nobles esfuerzos del genio de Vanburgh, aunque desacreditado en su tiempo por hombres de un gusto muy inferior al suyo. Era en el reinado de Isabel un palacio viejo y arruinado, que hacia mucho tiempo no habia sido honrado con la presencia del soberano, lo que habia empobrecido mucho el pueblo inmediato. Sin embargo los habitantes habian presentado muchos memoriales á la reina, suplicandola echase sobre ellos una mirada de bondad y proteccion; y tal era el motivo aparente que habia conducido al conde á Woodstock.

Varney y Lambourne entráron sin ceremonia en el patio del antiguo castillo, que ofrecia aquella mañana un aspecto animado que no habia tenido en dos reinados. Los oficiales de la casa del conde, sus lacayos, sus guardias, iban y venian con el ruido y algazara que acostumbran. Oianse los relinchos de los caballos y los aullidos de los perros; porque el conde, encargado de exami-

nar el estado actual de este dominio, habia llevado consigo cuanto era necesario para disfrutar del placer de la caza en el parque, que se decia ser el primero que habia sido rodeado de tapias en Inglaterra, y donde se encontraba un sinnúmero de gamos que hacia largo tiempo vivian allí á sus anchuras y sin ser acosados. Muchísimos habitantes, que creian que esta visita estraordinaria iba á producir un efecto favorable á sus deseos, se habian reunido en el patio, y aguardaban poder ver al grande hombre. La llegada de Varney llamó su atencion; esparciéron entre ellos la voz de que era el primer caballerizo del conde, y procuráron ganar su voluntad quitandose las gorras y sombreros, y acercandose apresurados á tener la brida y el estribo de su caballo y del de su compañero.

— Desviense vms. un poco, mis señores, les dijo Varney con gravedad, sin impedir á los criados cumplir con su deber.

Los aldeanos se separáron confusos miéntras Lambourne, queriendo imitar el tono del primer caballerizo, rechazaba aun mas duramente á los que le rodeaban. Retirad las manos, dejadnos en paz, idos al diablo, paisanos; ¿pensais que no tenemos criados que nos sirvan?

Diéron sus caballos á los lacayos, y entráron en el castillo con un aire de superioridad que su nacimiento y una grande costumbre hacian natural en Varney, y que Lambourne trataba de imitar lo mejor que podia, miéntras los pobres habitantes de Woodstock decian unos á otros en voz baja: — ¡Dios nos libre de estos impudentes! si es el amo como los criados, cargue el diablo con todos ellos, y se llevará lo que es suyo.

— ¡Silencio, vecinos! dijo el alcalde, y morderse la lengua para no decir necedades. Todo lo sabrémos con el tiempo. Nadie será recibido jamas en Woodstock con tanto gusto como el antiguo rey Enrique. Si por caso daba á un aldeano media docena de latigazos entre oreja y oreja, le arrojaba luego á las barbas un puñado de Enriques de oro, y asunto concluido.

— ¡Dios le haya coronado de gloria! dijéron los paisanos; pero no nos mirarémos en ese espejo, y la reina Isabel está bien léjos de querer darnos latigazos.

— Eso es lo que no sabemos, respondió el alcalde; paciencia, vecinos, y consolemonos con pensar que no dejamos de merecer semejantes favores de su magestad.

Entretanto Varney, seguido de su nuevo acólito, entró en la antecámara en donde sugetos mas importantes que los del patio

aguardaban el momento en que saliese el conde que estaba aun en su cuarto. Todos hiciéron la corte á Varney con mas ó menos ardor, segun su rango, ó el asunto que los conducia á hablar á su amo. A la pregunta general: — ¿Cuando saldrá milord? respondia en pocas palabras: — ¿No vé vm. mis botas? llego de Oxford; no lo sé. Habiendole hecho igual pregunta un hombre de un rango mas elevado: — Voy á informarme del camarero, sir Tomas Copely, le respondió. El camarero, que se distinguia por su llave de plata, dijo que el conde aguardaba la llegada de Varney para bajar, pero que queria primero hablarle en secreto. Varney saludó á todos, y entró al cuarto de su amo.

Hubo durante algunos minutos un murmullo entre los que aguardaban, pero reinó el mas profundo silencio cuando en el fondo del cuarto abriéron una gran puerta, y salió el conde precedido de su camarero y de su mayordomo, y seguido de Ricardo Varney. Sus nobles facciones magestuosas nada tenian de la insolencia pintada en todos los semblantes de los cortesanos que componian su comitiva. Proporcionaba su política al rango de las personas; pero aun el mas oscuro individuo obtenia de él por lo menos una graciosa mirada. Las preguntas que hizo sobre el estado

del castillo y sus dependencias, sobre las ventajas que podrian resultar para el pueblo y cercanías de los viages que hiciese la reina de cuando en cuando á él, daban á entender que habia leido con algun cuidado y atencion el memorial de los habitantes, y que deseaba serles favorable.

— ¡Bendita sea la madre que te parió! dijo en voz baja el alcalde que habia entrado al frente de una diputacion de los habitantes: mirad que descolorido está; apostaria las orejas á que no ha dormido en toda la noche por leer nuestro memorial. El maestro Toughyarn, que ha empleado seis meses en hacerle y escribirle, decia que era preciso lo menos leerle una semana para comprenderle y sacarle el jugo; y el conde no ha necesitado veinte y cuatro horas para sacarle la quinta esencia, segun veo.

El conde les aseguró entónces que propondria á la reina honrar algunas veces con su presencia su castillo real de Woodstock, para que pudiesen gozar los habitantes de los contornos de las mismas ventajas que habian tenido en los reinados de sus antecesores. Entretanto estaba encargado de manifestarles las intenciones benévolas de la reina, y se alegraba mucho de poder añadir que su magestad, para estimular y dar actividad al co-

mercio de Woodstock, habia resuelto establecer allí un mercado para las lanas.

Esta buena noticia produjo una general alegría, no solamente entre los miembros de la diputacion que se hallaban presentes, sino entre los aldeanos reunidos en el patio, á donde no tardó en llegar. Los magistrados presentáron al conde, doblando la rodilla, las libertades y franquicias de Woodstock, con una bolsa llena de monedas de oro que entregó al momento á Varney, y este dió una parte á Lambourne para que empezase á tomar gusto al nuevo servicio.

El conde y su comitiva no tardáron en montar á caballo para volver á la corte, en medio de las aclamaciones festivas de todos los habitantes de Woodstock. Oiase por todas partes: *¡Viva la reina Isabel! ¡viva el noble conde de Leicester!* La cortesía del conde cubria de cierto barniz de popularidad las gentes de su comitiva, cuyo aire altanero habia desde luego desacreditado al amo; y las voces: *¡Viva el conde y sus allegados!* llegáron á los oidos de Varney y Lambourne que iban detras.

CAPITULO VIII.

Dígame vm. su opinion,
Atento le escucharé:
Sí, como es vm. Fenton....
Y tambien la seguiré.

Las Mugeres de Windsor.

Se hace indispensable volver al pormenor de las circunstancias que acompañáron, ó por mejor decir que ocasionáron la salida repentina de Tresilian de la posada del *Oso negro*. Despues de su encuentro con Varney, habia vuelto á la hostería de Gil Gosling, en donde se habia encerrado, pidiendo papel, pluma y tintero, y diciendo que pasaria el dia en su cuarto. Bajó sin embargo al salon por la noche, y Miguel, que habia observado con cuidado todos sus movimientos, segun habia prometido, procuró renovar su trato con él, diciendole que esperaba no conservase enojo alguno desde lo sucedido aquella mañana.

Pero Tresilian mantuvo con firmeza y cortesía su carácter. — Señor Lambourne, le dijo, creo que debe vm. estar satisfecho del modo con que he indemnizado á vm. del